

que dice: "para que todos vean que cosas tan
esquecidas hay en el otro mundo."

Pues esa moderna farsa, que así llegó al
nuevo continente con el aroma de su genio,
nos ha legado, a propósito del epigrama que
lleva este capítulo, unas lindísimas redondi-

CAPITULO DUODECIMO.

LOS EXTRAVIOS.

I.

Muchos de nuestros lectores no tendrán
quizá noticia de sor Juana Inés de la Cruz.

Es una gran poetisa americana del siglo
xvii: una mujer singular, en la que, como es-
cribe un reverendo padre al censurar sus poe-
sías, se comprueba "que no es incompatible
ser muy siervo de Dios y hacer muy buenas
coplas."

Con permiso de su paternidad reverendísi-
ma, los cantos de la inspirada religiosa meji-
cana, que mereció el dictado de *musa décima*,
son mucho más que coplas; son un tesoro de
poesía y de conceptos, bastante para afianzar
una reputación: bastante, como el mismo pa-

dre dice, "para que todos vean qué cosas tan estupendas hay en el otro mundo."

Pues esa moderna Safo, que así llenó el nuevo continente con el aroma de su génio, nos ha legado, á propósito del epígrafe que lleva este capítulo, unas lindísimas redondillas, que trascritas entre estos APUNTES, serán sin duda brillante de alto precio escondido entre barro muy humilde.

Hélas aquí:

Hombres necios que acusais
á la mujer sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais;
Si con ánsia sin igual
solicitais su desden,
¿por qué quereis que obren bien,
si las incitais al mal?

Quereis con presuncion necia
hallar á la que buscáis
para pretendida, Thais;
y en la posesion, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro
que el que falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden
teneis condicion igual,
quejándoos, si os tratan mal;
burlándoos si os quieren bien.

Siempre tan necios andais,
que con desigual nivel,
á una culpais por cruel,
y á otra por fácil culpais.

Pues, ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Dan vuestras amantenas penas
á sus libertades alas;
y despues de hacerlas malas
las quereis hallar muy buenas

¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?

Pues, ¿para qué os espantais
de la culpa que teneis?
QUEREDLAS CUAL LAS HACEIS,
ó HACEDLAS CUAL LAS BUSCAIS.

Quien siente y raciona y versifica así, es todo un poeta. Esos dos últimos versos pueden constituir un tratado importantísimo de filosofía y de moral.

Los *extravíos* de la mujer forman siempre segunda parte, cuya primera, no hay que preguntar, es la seducción.

Jamás nos cansaremos de repetir que las leyes admitidas en la actual sociedad acerca del honor, luchan con los furores de la civilización, y son un testimonio patente de egoísmo, de cobardía y de injusticia.

Para conservar la castidad, el hombre combate con sus pensamientos; la mujer combate con sus pensamientos y con las continuas asechanzas de los hombres. El primero pertenece al sexo fuerte; la segunda al sexo débil.

¿Cuál de las dos castidades tendrá mérito mayor?

Si un hombre de edad proveya, conocedor del mundo, gran maestro en la insidiosa profesión de galantear, seduce á una niña candorosa é inocente, ésta queda deshonrada, y el *heroe* añade una hoja á su corona de triunfos.

¡Tal es la sociedad; tal es ese mito que llaman opinion pública!

El seductor respeta hoy lo que se propone deprimir mañana; finge que idolatra lo que anhela deshonrar; hoy se humilla como esclavo, para alzarse mañana como tirano.

Y la mujer no lo advierte!

Porque no se la enseña á advertirlo.

Porque no se la educa.

II.

El pudor es adorno muy bello en la mujer; como que, en sentir de una escritora insigne, el pudor debe reputarse como el pariente más próximo de la virtud, y en concepto de Bacon, es al cuerpo lo que la discreción al alma.

El pudor en la mujer es flor tan delicada, que el soplo de una imprudencia lo ofende, y el calor de una mirada torpe lo agosta y lo marchita.

Pero á su vez el aroma de esa flor produce la más casta y la más delicada de las complacencias.

Tratar á las mujeres sin ofender, ni levemente, su pudor, sin que asome el carmin á sus mejillas, es ciencia que la juventud presente descuida más de lo justo.

Las ideas que dominan respecto á la galantería se hallan, por regla general, tan léjos de la razon, que más bien parecen hijas del espíritu de venganza que del espíritu de ternura y de cariño.

En este asunto la ciencia del hombre consiste en fingir: la ciencia de la mujer debe consistir en dudar.

La galantería en ciertos lábios es el prólogo de la seducción. Es, como se ha dicho con verdad, un juego en que todo el mun-

do se interesa: los hombres arriesgan en él la sinceridad, y las mujeres el pudor.

Las mujeres, para hacerse verdaderamente amables, deben, respecto al pudor, tenerlo muy arraigado é ignorar que lo tienen.

Un alarde de pudorosa viene á ser muchas veces testimonio de malicia.

Mujer cuyo pudor se alarma fácilmente, no ofrece una gran prueba á favor de esa ignorancia amable que tan bien sienta en su sexo.

Mujer que recibe sin precaucion las frases y las demostraciones de la galantería, es como un niño que juega con un cortaplumas: al fin y al cabo se corta.

III.

Si es cierto que las coquetas elaboran, como la araña, la tela finísima donde hayan de prenderse los amantes débiles, no es ménos cierto que llega un día en que un amante fuerte rompe la red y desbarata la obra del tiempo y de los desvelos.

Y el número de los amantes fuertes abunda ya demasiado: que no lo olviden las bellas fabricantes de la finísima tela.

Los extravíos de las mujeres, que suelen ser idénticos en las consecuencias, difieren casi siempre en las circunstancias.

Dada la existencia de mujeres que delinquen, puede decirse, con un escritor muy sábio, que las ricas compran el pudor y las pobres lo venden.

Comprado ó vendido, el pudor con que se comercia no es pudor.

Algunos sábios se han entretenido en escribir la historia de la prostitucion, buscándola, y hallándola por desgracia, en Babilonia, y en Atenas, y en Roma, y en Venecia, y en Lóndres, y en París: han desenterrado leyes y ordenanzas de los tiempos de Carlo-Magno y de Luis VII y de monarcas posteriores.

¡Magnífico entretenimiento el de esos sábios! Todas las deduciones que han obtenido, todo el fruto de sus prolijas tareas, pueden sintetizarse en este principio, que con la autoridad de sábios han sentado como axioma: "la prostitucion es un mal necesario."

En nombre de la moral declaramos falso ese principio; en nombre del sentido comun nos abstenemos de probar la falsedad.

La castidad en todos tiempos y en todos los países aparece como un sacrificio de inmenso valor: la castidad entre los cristianos es una gran virtud: representa el triunfo del espíritu sobre la materia.

La prostitucion no es otra cosa que el comercio abominable de la castidad.

Sin embargo, hay una clase de prostitucion que no condena la sociedad; que está

admitida, y aun necesariamente consagrada.

Esa prostitucion es el matrimonio de los que no se aman, de los que venden su mano por un capital, ó por un título de nobleza.

Esa prostitucion es la voluntaria ó forzada de una jóven que se une á un decrepito.

Esa prostitucion es el asqueroso consorcio del jóven pobre con la anciana rica.

La pobreza y la ignorancia son de ordinario las llaves que abren la puerta de la prostitucion.

Una vez cruzado el umbral, apenas hay esperanza para esas infelices criaturas.

Decimos *apenas*, porque un amor intenso puede todavía rehabilitarlas: un arrepentimiento sincero puede abrirles las puertas de la sociedad y de la gloria. ¿Quién no ha leído en el libro inmortal del Evangelio la interesante historia de la Magdalena?

¡Caridad y enseñanza para las desventuradas que viven en el crimen y en el suplicio de la prostitucion!

¡Caridad y enseñanza! Los hombres de hoy aborrecen el nombre y no extinguen la inmunda profesion; se conduelen y lamentan en público de tanta belleza marchita por los desórdenes, de tanta degradacion en el alma de la mujer; y quizá en secreto protegen y fomentan la degradacion y los desórdenes.

Este podrá parecer un mal juicio; un juicio inexacto y apasionado: ¡ojalá lo fuese!

No hay venta sin comprador: y los compradores de amor y de placeres *por vicio*, son todavía más repugnantes que los vendedores *por necesidad*.

Reproduzcamos la magnífica pregunta de sor Juana de la Cruz:

“¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?”

Qué serian las mujeres sin espectáculos?
Y qué serian los espectadores sin mujeres?

Ovidio, gran conoedor del sexo propio,
pero más todavía del contrario, dijo, refirién-
dose á las bailarinas romanas de su tiempo:

Spei faciem non vultu, sed spectantur ab oculis.

Lo cual, traducido al lenguaje ménos poé-
tico posible, quiero decir que las mujeres

Más que de ver se codican de ser vistas.

En este punto, la época de Ovidio 25

CAPITULO DECIMO TERCERO.

LOS ESPECTACULOS.

I.

¿Qué serian las mujeres sin espectáculos?
Y ¿qué serian los espectáculos sin mujeres?

Ovidio, gran concedor del sexo propio, pero más todavía del contrario, dijo, refiriéndose á las bellezas romanas de su tiempo:

Spectaculum veniunt, veniunt spectentur ut ipsae.

Lo cual, traducido al lenguaje ménos poético posible, quiere decir que las mujeres

Más que de ver se cuidan de ser vistas.

En este punto, la época de Ovidio y la ac-

tual se parecen como dos libros de filosofía alemana.

Los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas.

En los ponderados progresos del arte dramático como arte, como elemento civilizador, hay mucho de poesía y de ilusiones.

La mayor parte de las mujeres aprenden en el teatro el lenguaje del corazón. Este lenguaje, según Mad. Cottin, está escrito en los ojos.

En el teatro es, pues, donde se adquiere la más exquisita educación..... de los ojos.

Nuestros venerables antepasados iban al *corral del Príncipe*, ó acudían á los farsantes de la *legua*, para saborear las ingeniosas fábulas de Lope y de Calderón.

La actual generación ocupa las horas del espectáculo:

En averiguar la procedencia del brazalete de la actriz, ó la botonadura del actor.

En aprovechar un amante de los de telón afuera las frases que dice á su amada un amante de los de telón adentro.

En declamar los galanes que no son actores, á compás de los actores que no son galanes.

En combinar, por fin, y en desenlazar tal vez un drama verdadero en cada palco ó en cada dos butacas.

¡Oh! Los dramas no anunciados en el car-

tel son de ordinario más interesantes que los que constituyen la función.

Un amante adocenado suele convertir estos dramas en sainetes.

Un marido inoportuno suele convertirlos en tragedias.

Unos celos indiscretos suelen darles la picante animación de la zarzuela.

Los gemelos son el gran recurso, la *máquina*, como si dijéramos, de esos dramas no anunciados en el cartel.

El arte, ó mejor aún, la filosofía de los gemelos, tiene más importancia práctica y social que casi todas las discusiones en que se empeñan los hombres de estado.

A propósito de estado, no hay nada que más derechamente contribuya á modificarlo, que la susodicha filosofía.

A la metralla de dos ojos negros ó garzos, disparada por dos cañones de nácar, hay pocas fortalezas que resistan.

El teatro es un verdadero campo de Agramante para los corazones.

El día en que los teatros mueran, deben vestirse de medio luto las coquetas.

II.

El teatro y los bailes difieren de una manera esencial.

En el teatro aprenden las mujeres el lenguaje del corazón, que está escrito en los ojos, según madama Cottin.

En el baile aprenden las mujeres el lenguaje de la galantería, que no está escrito más que en los labios.

Un baile viene á ser una gran exposición, donde se arreglan y desarreglan matrimonios.

Los matrimonios que surgen de un baile es muy probable que en otro baile perezcan.

El baile tiene el privilegio de alterar hasta cierto punto la condición natural de las personas; según la observación de Alfonso Karr, en un baile los hombres son el sexo tímido y débil: son siempre los primeros que se cansan.

Los hombres que bailan nos parecen las criaturas más felices del universo.

Es mucha filosofía la filosofía de un rigodon.

No así de las polkas y demás bailes *íntimos*. La de esos no es filosofía, es otra cosa: quien quiera saber lo que es, que se dedique á la estadística de los divorcios.

Nuestros antiguos creían que en ciertos bailes hace de bastonero Satanás.

Nosotros no lo hemos visto nunca; pero si no hace de bastonero no debe andar muy lejos.

“Voy á desnudarme para ir á un baile,” cuentan que decía una noche cierta dama.

Y como aquella dama hay muchas.

Un baile es siempre manantial de muy diversas consideraciones.

El filósofo contempla la veleidad humana, el giro rápido de la fortuna, en cada vuelta de los que danzan y en cada oleada de las mil que lo ponen en constante riesgo.

Y, sin embargo, el filósofo acude allí á filosofar.

El poeta admira el mágico esplendor de los salones, y el aroma de ternura que exhalan mil pechos agitados, y la nube de poético arrobamiento que envuelve en sus alas invisibles á la humanidad *danzante*.

Y, sin embargo, ni allí hay otra magia que la de tal cual hermosura asediada, ni más aroma que el comprado, ni más nube que la del polvo y los miasmas que se condensan por necesidad.

El enamorado de buena fé vive sólo en el baile, porque vive por y para una mujer.

Y esa mujer, ó es una excepción de la regla, ó, como dice Maistre, mientras dura la fiesta, trata al amante como á un marido, y al baile y sus incidencias como al verdadero amante.

Las madres de familia ocupan en un baile posiciones muy distintas.

Unas ponen su empeño en volverse todo ojos.

Otras en volverse todo oídos.

Otras en aparentar que no tienen ojos ni oídos.

Un escritor muy discreto dice que el baile es á los quince años un placer; á los veinte y cinco un pretexto, y á los cuarenta un cansancio.

Tal vez fuera más exacta la gradacion en estos términos:

El baile á los quince años es una necesidad orgánica; á los veinte y cinco es una necesidad moral; á los cuarenta es una necesidad social.

El baile es, pues, en las mujeres una necesidad: y como no parece justo que las mujeres bailen solas, el baile es en los hombres una necesidad *por compromiso*, como si dijéramos un acto de justicia.

Así considerados, los hombres que bailan nos parecen menos ridículos.

Así considerados, puede haber alguna diferencia, aunque no existe en gramática, entre los *que danzan* y los *danzantes*.

El teatro escribíamos no ha mucho, es el campo de Agramante para los corazones.

Un baile, escribimos ahora y sostendremos siempre, es el San Quintin de las ilusiones y de los amores castos.

El día en que los bailes mueran, deben vestirse de luto riguroso las coquetas.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

LA MODA.

I.

En otros tiempos la moda era una reina despótica, que sólo tenía esclavas.

Hoy esa reina despótica tiene también esclavos.

Mientras más se esfuerzan los hombres en denostar á las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellas.

Mientras mayores agravios reciben de los hombres las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellos.

Los dos empeños son esencialmente ridículos.

Una mujer con corbata, chaleco, gaban y pantalones: y un hombre con sortijas, pulseras, bermellon y rizos, tienen mucho que entender.